

Homilía en la Misa funeral de Don José M^a Leminyana

(Estadilla, 20 de noviembre de 2009)

Emocionados y apenados, pero fortalecidos por la fe en el Señor resucitado nos reunimos en torno al altar de esta Parroquia de Estadilla para despedirnos de nuestro querido sacerdote Don José M^a Leminyana, en esta iglesia en la que por el Bautismo fue incorporado a la muerte y resurrección de Cristo y en cuyo altar celebró tantas veces la Eucaristía.

Aquí fue monaguillo y aquí recibió la llamada a la vocación sacerdotal, cuando, en la persecución religiosa de la guerra civil, presencié el cruel asesinato de su párroco. Profundamente apenado y conmovido, envuelto en lágrimas, fue corriendo a casa y le dijo a su madre: «Han matado a mosén Antonio; yo quiero ser sacerdote para sustituirle». En esta vocación podemos apreciar el carácter y la entrega que definiría después toda su vida pastoral. Otros hubieran hecho todo lo contrario, viendo el trato que daban al sacerdote. Él no se amilanó; todo lo contrario, dio un paso al frente y respondió con la entrega de su vida: aquí estoy.

En estos momentos de tristeza y de dolor —que compartimos especialmente con su hermana y toda la familia— la Palabra de Dios ilumina nuestra fe y fortalece nuestra esperanza: la muerte, aunque nos entristece, no tiene la última palabra sobre el destino del hombre. «La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina; se transforma. Y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo.» (Prefacio I de difuntos).

En la segunda lectura, tomada de la carta del apóstol San Pablo a los Romanos, hemos escuchado palabras llenas de vida, perfectamente aplicables a nuestro querido sacerdote mosén Leminyana: *ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor.*

El sacerdote, todo sacerdote, vive para el Señor y para su esposa, la Iglesia. La razón de su vida es la Iglesia, los fieles a los que es enviado para alimentarles con el pan de la Eucaristía y el pan de la Palabra. Para un sacerdote la Iglesia, su esposa, es antes, incluso, que la propia familia.

Mosén Leminyana, siguiendo los pasos del Maestro, que se despojó tomando la condición de siervo, nunca vivió para sí; nada retuvo para sí; vivió para los demás: restaurando la excatedral de Roda, iglesias y ermitas de pueblos vecinos; colocando piedra sobre piedra. Era un buen y barato restaurador como podemos comprobar en tantos edificios restaurados. Pasaba del altar a los andamios acompañado siempre de Delfín, su buen amigo y compañero inseparable en la vida y en los andamios.

Sabía unir fe y vida, acción y contemplación. Al volver de su trabajo un día, aterido de frío, hacía esta oración: «Al pasar frente al Sagrario, postrado, le he dicho a Jesús: Te ofrezco el duro frío que envuelve mi cuerpo, Jesús, para que tu pongas calor en mi alma...»

Pero, mosén Leminyana, cual Francisco de Asís cuando recibe la llamada del Señor a restaurar su Iglesia, no se limita a la restauración física de piedras, tejas y ladrillos. Mosén Leminyana dedica su principal esfuerzo a restaurar la Iglesia viva de las comunidades parroquiales a las que sirvió. Pude comprobar, en la Visita Pastoral, cómo se entregaba y cómo lo querían. Algunos habéis dicho que era como un padre,

generoso, desprendido y querido por todos. Es una satisfacción para un obispo comprobar como sus sacerdotes se entregan en su misión evangelizadora y cómo los fieles valoran esta generosa dedicación.

La restauración más significativa y de más trascendencia, que ha pasado a la historia, fue la restauración de la Iglesia diocesana. Convencido de su necesidad y apoyado por el deseo unánime de los sacerdotes y fieles de las Parroquias de la zona oriental de nuestra Provincia, estas Parroquias, pertenecientes a la diócesis de Lérida, pasaron a la diócesis de Barbastro —luego Barbastro-Monzón—. No regateó esfuerzos. Colaboró con el Obispo diocesano, Don Ambrosio, y con otros sacerdotes en las múltiples acciones realizadas aquí y en Roma hasta conseguir ver culminada la aspiración, reiteradamente manifestada por las comunidades de todas las Parroquias aragonesas, de formar la nueva diócesis de Barbastro-Monzón. También son destacables sus esfuerzos para reclamar el regreso de las obras de arte de las parroquias transferidas a nuestra Diócesis.

Para nuestro querido mosén Leminyana Cristo fue el eje de su vida. En él tenía depositada toda su confianza. Toda su vida giró en torno a Él, como la vida de San Pablo: *Para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir (Fil 1, 21)*. La muerte no asustaba a este sacerdote ejemplar, porque la muerte le ha facilitado el encuentro definitivo, inmediato y sin intermediarios con Cristo que es la vida verdadera.

¡Cuán consoladoras resuenan, a este respecto, las palabras que hemos escuchado hace unos minutos en el evangelio!: *Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día. (Jn 6, 40)*. El que cree en Cristo tiene la vida eterna. Jesús no elimina la muerte. La muerte sigue siendo una deuda pesada, que es preciso pagar a nuestra limitación humana y al poder del mal.

Sin embargo, con su resurrección, Cristo venció la muerte para siempre. Y con Él la vencieron también los que en Él creen y de su plenitud reciben gracia por gracia. (cf. *Jn 1, 16*). Esta conciencia íntima ilumina y orienta la existencia de todos los creyentes. Mosén Leminyana vivió y murió con la certeza de que Cristo es el vencedor de la muerte y con la esperanza de que Él lo resucitará en el último día.

Demos gracias a Dios por haber llamado a mosén Leminyana, siendo todavía niño, a ejercer el ministerio sacerdotal; por la generosa respuesta que mantuvo durante toda su vida y por todo el bien que ha hecho con su entrega para dar a conocer a Jesucristo, la mejor noticia que necesita este mundo y que salva a todos.

Al partir de este mundo, lo acompañamos con nuestra oración fraterna, encomendándolo a la protección celestial de María la Madre de Jesús, en su advocación de la Carrodila, tan querida para todos los estadillanos y, particularmente, para mosén Leminyana. Que el Señor le conceda, por intercesión de la Virgen Santísima, el descanso prometido a sus amigos, y en su misericordia lo introduzca en el reino de la luz y de la paz.

Reunidos con afecto en torno a los restos mortales de mosén Leminyana, pidamos a Dios la gracia de vivir constantemente proyectados hacia Cristo que, «tomando sobre sí nuestra muerte, nos libró de la muerte; y, sacrificando su vida, nos abrió las puertas de la vida inmortal.» (Prefacio II de difuntos). Amén.